EXTRACTO

La Odisea de mis Electrones

Boris Barail

© 2026 Boris Barail

YO

OTRA VEZ YO

Según el CERN, voy a vivir sesenta y seis mil yottaaños, es decir, cinco trillones de veces la edad actual del universo. Añado: más o menos cinco o seis multiplicado por, eh, multiplicado por, a ver, la fórmula de la gravedad, para la exactitud de la imperfección. Si el CERN hubiera dicho que mi duración de vida era de solo sesenta y seis mil yottasegundos de un milisegundo, me lo habría creído igual, pero no solo no habría podido contarte mi historia, sino que además no estaría hinchado como un sapo a punto de fecundar su "sapa". Para que lo sepas: con su diminuto amplexus, puede estar días encima de su querida antes de gozar de lo lindo. ¿A que te gustaría ser un sapo, pero con la bella despierta, eh? Y a ti, guapa, ¿no te gustaría estar tres días y tres noches seguidos así acurrucada con tu sapito?

Te voy a contar una historia que nadie ha escrito. Nadie era lo suficientemente viejo para contarla.

Yo, sí. Me llamo Eïon. Soy un electrón. Nada espectacular a primera vista. Se me imagina minúsculo, insignificante, perdido en la materia. Es un grave error de óptica. Aparecí cuando el Universo era aún una densidad de energía sin decorado ni apariencia. La palabra *aparecí* es aproximada. Digamos que dejé de ser una posibilidad para convertirme en una presencia eterna. No había ni reloj, ni calendario, ni filósofos para intentar definir el caos. Había simplemente una intensidad inimaginable donde todo estaba contenido sin estar aún distinguido. No tengo edad. No atravieso el tiempo que, para mí, no existe. Circulo en la materia, sea cual sea. El tiempo es tu manera de organizar tu vida y de medir mis desplazamientos. He pasado por

la roca en fusión, por las primeras moléculas vacilantes, por las algas modestas y los reptiles arrogantes. He circulado por los cerebros de los místicos y por los de los asesinos.

He entrado en besos, en orgasmos, en batallas, en ecuaciones y en mentiras a menudo inconfesables.

No elijo nada. Participo en todo.

Se podría decir que soy la memoria primordial del mundo. Una memoria sin nostalgia. Nada se borra, todo se transforma. Transporto los rastros sin juzgarlos. Soy a la vez el archivo y el archivista.

Puedo estar a la vez en un cuerpo y verlo actuar. Ser la carga y el testigo. Y, a veces, hablar en lugar de quien me lleva.

Él se llama Boris. Cree que escribe. Soy yo quien pasa a través de él. Soy yo quien dicta. Ya verás, soy muy fanfarrón y a veces me lanzo en digresiones que sería mejor cortar.

No busques un orden en lo que te voy a contar.

No lo hay. O más bien... hay uno, pero es el mío. Yo diría, un desorden involuntario pero creativo que me caracteriza. En eso, estoy totalmente de acuerdo con Nietzsche. Soy un desastre. Lo que vas a leer no es una historia que avanza. Es una exploración. Paso de un cuerpo a otro, de una época a otra, de una idea a otra, sin avisar, siempre con la misma pregunta de fondo: ¿qué le hace la luz a los seres... y qué hacen los seres con la luz?

Yo, transmito. Tú, recibes. A tu turno de usar y transmitir la luz eterna.

Y como el Universo nunca se tomó la molestia de redactar sus memorias, voy a hacerlo en su lugar.

NEWTON

LA MANZANA Y LA LUZ

Había caído en un débil rayo de sol entre dos chaparrones. Normal, estaba en la muy pérfida Albión. El cielo se puso de repente como un tiempo de perros. Llovía a cántaros, llovía como si las vacas celestes se pusieran a mear. Pero como estaba en Inglaterra, donde algunas expresiones son más indescifrables que la piedra de Rosetta antes de Champollion, llovían *cats and dogs*. Imagina esas gotas enormes de 10 a 40 pounds cayendo sobre las cabezas de los rosbifs. Yo me imaginé lo peor: un mastín inglés de 220 pounds. Me puse a cantar al momento.

Imagina que cae sobre tu suegra…

Yo no tengo suegra, aunque a veces me caso en ciertos enlaces covalentes. Un problema menos con mi cónyuge o "cónyuga," no lo sé. En fin, me refugié en el haz de luz que entraba por la ventana del laboratorio de Isaac Newton. Un simple rayo, muy tranquilo, que atravesaba la habitación y venía a golpear un prisma de vidrio. Al otro lado, la luz se partía, se dispersaba, se desviaba, se descomponía. Sobre la mesa, un hombre con peluca empolvada, como dictaba la moda un poco ridícula de la época, anotaba meticulosamente el color de cada fragmento del magnífico arco iris que acababa de formar al otro lado del prisma.

LGTBIQACisney+MAX acababa de ver la luz mucho antes de su nacimiento, prematuro. Un embrión multicolor y multigénero en la

despensa de la evolución de las mentalidades. Newton se habría quedado estupefacto al saber que él era más bien A, es decir, asexual. No era ni L de bollera, ni G de marica, ni B de polla, ni T de tontolculo, ni Q de culo, ni I de Herculine Barbin, que vas a buscar en Google. Hay que decir que la pobre mujer, con ese nombre tan "ridiculín", muy viril pero feminizado, un nombre que contiene un culo y, además, una barba en su nombre... ¡Qué presagio! ¡A como Isaac Newton! Sí, el pobre también. Los paparazzi de la época lo afirman.

Sir Isaac Newton descubrió la gravedad y la descomposición de la luz, pero no sabía qué hacer con su pajarito, que no sentía atracción más que por su mano, y aun así… Perdón por la digresión, no he podido evitarlo dada la gravedad del tema. Tener el pito flácido, atraído hacia el suelo por la gravedad toda la vida por culpa de tu propio descubrimiento, no debe de ser muy divertido cada día. En fin, es mi punto de vista. Total, me refugié en el haz de luz con todos mis compañeros sindicalizados, electrones y fotones que lo componían.

Es hermoso, un haz de mí mismo, con esos pequeños granos de polvo que flotan en las volutas del humo que salía de la pipa que Newton acababa de encender con cerillas fabricadas en Sussex por obreras embarazadas y mal pagadas, maltratadas por sus maridos borrachos que no pensaban más que en follárselas salvajemente sobre esa especie de sofá de mierda del salón, que daba a una calle muy ruidosa donde, por cierto, las prostitutas hacían la calle. Ah, ya sabes, yo, cuando me lanzo en la prosa poética, no paro. ¡Yo soy el Verbo!

Estaba a la vez indignado por sufrir aquel atropello y sorprendido por mi belleza interior revelada de esa manera. Cortarme así, sin pedirme opinión… mascullaba, echando espuma de rabia.

Rojo: la sangre, la cólera, la mía, la guerra, la brasa que te va a quemar, cabrón.

Naranja: como una mala mandarina china que te va a cortar la cabeza.

Amarillo: como la bandera amarilla que antiguamente indicaba la peste a bordo en los barcos y como el azufre del infierno que te espera.

Verde: normalmente me gusta encajarme en el verde de una almendra, en el de tus ojos marrones cuando se vuelven verdes después de un baño de mar, en una esmeralda de Colombia también. Pero ahí, furioso, pienso en una flema, en un vómito, en la cicuta, en una ostra viva a punto de ser engullida. Puaj.

Azul: el azul de la bandera en el cielo, la paz, pero no la mía. Un hematoma. Un morado porque te vas a tropezar y darte un golpe.

Índigo: mi color favorito, el azul profundo del Pacífico en Filipinas. Y revivo a ese aborigen en su piragua con balancín, en el que me había encarnado antes de que Fernão de Magalhães llegara a ese país en nombre de Fernando II de Portugal. Magallanes no es su verdadero nombre. ¡Qué manía tenéis de deformarlos! Las bautizó Islas de San Lázaro. Puedes buscar por qué cambiaron de nombre. Ese color calmó un poco mi rabia de ser descompuesta.

Violeta: el violeta de la muerte. Pero yo soy inmortal. ¡Nanana!

Isaac, por su parte, murmuraba los nombres como encantamientos mágicos:

Red like the apple in my hand… orange like Barbarossa's beard… yellow like a submarine… green like spinach for Popeye… blue like the dendrobates azureus… indigo like the sails of the Pharaoh's felucca… violet like an amethyst… Red, orange, yellow… una y otra vez.

Me clasificaba como se clasifican los calcetines después de una colada. Siempre falta uno, me dice Boris.

Salvo que mis calcetines iluminan el mundo, Isaac.

Levantó la vista. Isaac Newton, aún no Sir. Su peluca empolvada daba volumen a su rostro. Debió de ser guapo de joven, con esa barbilla partida,

viril, como un pequeño culo en la base de la cara.

Giraba por la habitación, salpicado de colores, y yo salpicado por mis propios colores revelados. Había descubierto lo que yo sabía desde siempre: que la luz no es blanca ni indefinible, sino múltiple. Que el blanco es una mentira. Que el amarillo y el azul hacen el verde. Que el rojo mezclado con el azul da violeta, el anuncio de la muerte.

Frunció el ceño, luego se quitó la peluca con un gesto irritado. Debajo, sorpresa: un corte a lo John Lennon. Estuve a punto de estallar de risa y me puse a silbar *Across the Universe*, mi canción favorita, y con razón.

Le susurré, ya calmado:

—¿Ves, Isaac? La luz no se descompone. Revela su belleza. ¿Y gracias a quién? A mí. Me has glorificado sin querer.

Este tío era realmente una luz. Un poco gracias a mí, hay que decirlo.

No respondió. Debí de haberlo ofendido.

Salió un momento a orinar al jardín, bajo un manzano. Levantó la mano derecha distraídamente mirando al cielo. Era zurdo: su mano izquierda controlaba el chorro para no orinarse las botas. Entonces me posé suavemente en ella, minúsculo polvo de luz. Y ¡paf! una manzana un poco demasiado madura aterrizó suavemente en su mano. Por la gravedad.

Manzana, paf, palma.

Su mano tembló de sorpresa. Acababa de presentir la gravedad no como una ley, sino como una caricia.

No hay azar. Había nacido para descubrir la gravedad mientras orinaba en mi compañía. La manzana no había caído como los *cats and dogs* cuando llueve en Inglaterra.

Había querido reunirse con su mano.

Era el deseo de la materia de ser amada. Lo sentí, ese estremecimiento, cuando la gravedad logró desviarme un poquito de mi trayectoria antes de que Isaac la descubriera.

Y de pronto comprendió. En su piel. La manzana había pesado en su palma. Ese peso era la prueba de que todo quiere caer en algo, de que toda cosa atrae a otra: los cuerpos hacia la Tierra, la luz hacia tus ojos, la Luna hacia el mar. Tú hacia mí ahora mismo. La gravedad ya no era una fórmula, sino una emoción: la ternura invisible que atrae a los seres unos hacia otros como imanes.

Salvo él.

Ni atracción por una mujer ni por un hombre. Ni esposa, ni marido, ni amante, ni pasatiempo, ni web guarra. Cuando no tienes a nadie a quien cogerle la mano… ni dónde meterla, acabas cogiendo la del Universo. Es más grande. Pero es menos cálido por la noche. Isaac creía haber descubierto una ley fundamental de la física, pero acababa de comprender que incluso los átomos necesitan un abrazo.

Pensaba que la gravedad era una fuerza. Una atracción misteriosa entre los cuerpos.

Lo dejé creerlo un tiempo. Luego Einstein, gran admirador de Newton, llegó con su aire de violinista distraído y su bigote en el espacio-tiempo. Rectificó:

—La gravedad no es una fuerza, es una curvatura del espacio-tiempo. La masa le dice al espacio-tiempo cómo curvarse. Y los objetos no caen: siguen la curva.

Newton habría arqueado una ceja. Yo simplemente seguí girando.

Isaac cerró la mano, y la bragueta también, como para retener esa revelación. En su mirada vi pasar la alegría del niño que descubre a Papá Noel en el escaparate de unos grandes almacenes la víspera de Navidad.

Su boca se abrió, pero no salió ninguna palabra, solo un aliento, entre júbilo y lágrimas, el primer suspiro amoroso de la física. En fin… Y Arquímedes, ¿qué?

Sentí que estaba enamorado de mí. Mi elipse vibró.

La gravedad no gobierna solo las manzanas: rige el cosmos entero. Me atraviesa desde el origen. Es ella la que me conecta con todo: las estrellas, los hombres, los animales, los sueños.

Supongo que te da igual saber que la constante gravitacional es $6{,}672 \times 10^{-11}$ $N \cdot m^2/kg^2$. ¿Por qué 6,672? ¿Seguiríamos aquí si fuera 6,6719?

A mí también, me importa un bledo. Parece tan complicado que sospecho que podría ser falso. Seguro.

Así que, muy modestamente, y en la duda confirmada por Einstein, me atribuyo mi parte: fui yo, el electrón obstinado, quien le sopló la ley de la gravedad a Newton mientras orinaba. Al final, se puso la peluca como para solemnizar su descubrimiento. Y yo me deslicé en un rayo índigo, sereno.

Mi Isaac acababa de dar a luz una ley universal y duradera. Bueno…

Dejé tras de mí un suspiro de luz, una rabia transformada en éxtasis cómico-cósmico, y me fui de nuevo al aire, multicolor y libre, convencido de que en el fondo la luz nunca se descompone: simplemente se divierte disfrazándose.

Huí a toda velocidad hacia mi próxima encarnación. Siempre me he negado a acabar en una uña del pie. Uña encarnada, ya lo pillas. Vete tú a saber por qué.

La gravedad de una situación es otra cosa: Hiroshima, los campos de concentración y tantos otros lugares donde la luz brilla por su ausencia.

El resto de la historia está en el libro.

Disponible en Amazon:

amazon.com/dp/B0H2XP493M

amazon.es/dp/B0H3382HVC

borisbarail.com